

De las seguridades japonesas: un enfoque crítico de la cooperación nipona

For Japanese security: a critical view of Japanese cooperation

María Elena Romero

Profesora-investigadora, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad de Colima (México). meromero@ucol.mx

Alejandro García

Estudiante del programa de Relaciones Internacionales, Universidad de Colima (México). ale_garciajimenez1@hotmail.com

Resumen: Tras la Segunda Guerra Mundial, Japón inició el pago por reparaciones de guerra e instituyó una estrategia de posicionamiento internacional –a partir de acciones de cooperación internacional– a fin de asegurar el suministro de recursos naturales para su producción y comercio. La seguridad económica se convirtió en el objetivo de la cooperación japonesa. En poco tiempo, se convirtió en un importante donante, cuya estrategia ha estado permeada por sus intereses. Con un enfoque crítico, este artículo analiza la evolución de la estrategia de cooperación japonesa, particularmente a partir de los cambios impulsados por el primer ministro Shinzo Abe. Se parte de una revisión de las etapas de la cooperación japonesa –enfatisando las interferencias externas a las que ha tenido que responder el país– cuyo sustento ha transitado del principio de seguridad económica al de seguridad humana, hasta hoy, más enfocada a la seguridad estratégica.

Palabras clave: Japón, cooperación al desarrollo, enfoque crítico, seguridad

Abstract: After the Second World War, Japan began paying war reparations and instituted a strategy of international positioning – based on international cooperation activities – that aimed to ensure the supply of natural resources to its production and trade. Economic security became the target of Japanese cooperation. Japan soon became a major donor, whose strategy has been permeated by its interests. Taking a critical perspective, this paper analyses the evolution of the Japanese cooperation strategy, in particular the changes promoted by the prime minister, Shinzo Abe. Its starting point is a review of the stages of Japanese cooperation (emphasising the outside interference the country has had to respond to), the underpinning of which has shifted from the principle of economic security via the principle of human security to its present greater focus on strategic security.

Key words: Japan, cooperation for development, critical approach, security

En Japón el concepto de cooperación para el desarrollo –como los japoneses denominan la cooperación internacional para el desarrollo– se construyó en función de su contexto histórico y sus prioridades de desarrollo. El fin de la Segunda Guerra Mundial marcó a Japón; destruido por dos bombas atómicas, sin recursos naturales y con una Constitución otorgada, impulsaron políticas que alentarán su recuperación, reconstrucción e industrialización. Japón no es un país rico en recursos naturales; privado por su geografía de grandes espacios agrícolas, carente de petróleo y con intereses expansionistas, encontró en la cooperación para el desarrollo uno de sus instrumentos más estratégicos para satisfacer sus necesidades. Así, esta herramienta, en la medida que se consolidó como un instrumento de la política exterior y desarrollo económico, se fue adecuando a los valores del régimen de cooperación internacional, entretejiendo estos con los objetivos nacionales de Japón. Los valores y las ideas preponderantes de cada época, así como la opinión de la comunidad internacional, influyen en cómo Japón adapta sus estrategias de cooperación, justifica sus acciones y significa sus principios. Recientemente, dos factores impulsaron cambios importantes:

Japón no es un país rico en recursos naturales; privado por su geografía de grandes espacios agrícolas, carente de petróleo y con intereses expansionistas, encontró en la cooperación para el desarrollo uno de sus instrumentos más estratégicos para satisfacer sus necesidades.

a) la iniciativa del primer ministro, Shinzo Abe, de reposicionar a Japón como una nación fuerte y próspera, en el marco de las estrategias del programa de reformas conocido como *Abenomics*, y b) el compromiso internacional de todos los países de suscribir los objetivos de la Agenda 2030 y adoptar el criterio de la sostenibilidad en su política de desarrollo. Con esto en mente, Japón rediseñó en 2015 su Carta de Ayuda al Desarrollo, de 1992, renombrada como Carta de Cooperación para el Desarrollo (CCD) y que hace explícitas sus prioridades, esto es, su interés nacional y su seguridad.

Con el fin de analizar la evolución de la cooperación japonesa y cómo esta se ha mantenido como estrategia fundamental en la persecución de sus intereses nacionales, este artículo se divide en tres apartados, a partir de los cuales sustentamos la premisa de que Japón es un donante importante que ha resignificado la cooperación de acuerdo a sus objetivos y valores, al tiempo que atiende la «responsabilidad» para con la comunidad internacional, especialmente con los países más necesitados. De esta manera, en el primer apartado se aborda la discusión en torno a la cooperación japonesa y su conceptualización desde la literatura especializada en el tema. En el segundo, se revisa la cooperación japonesa a partir del proceso de recuperación posterior a la Segunda Guerra Mundial y la rápida industrialización, destacando la propuesta de seguridad económica y la necesidad de cambio hacia una seguridad humana; aquí se rescatan elementos

que permiten entender cómo la cooperación japonesa ha alentado el desarrollo de infraestructuras vinculado a los objetivos de sus corporaciones, lo que ha provocado, en algunos casos, efectos colaterales negativos debido a la interferencia de intereses ajenos al desarrollo del receptor. En el tercer apartado, se discuten los cambios actuales, las reformas y reinterpretaciones de la CCD de 2015, y se enfatiza el interés japonés por vincular sus estrategias de seguridad nacional con la cooperación al desarrollo, subrayando la importancia del Sureste Asiático y las interferencias de los actores que participan en la definición de las acciones y sus efectos; asimismo, se revisa el interés japonés por trabajar en favor del cumplimiento de los objetivos de la Agenda 2030, al asumir el reto de atender sus metas nacionales y compromisos internacionales a partir de las «cinco P» (*people, planet, prosperity, peace y partnership*). Finalmente se plantean algunas conclusiones.

La cooperación japonesa: los intereses en sus primeros pasos

De acuerdo con Lo Brutto (2017), la cooperación y el desarrollo, como conceptos, han evolucionado de manera diferenciada. Mientras que la cooperación internacional tiene sus antecedentes en los programas de recuperación posteriores a la Segunda Guerra Mundial y son permeados por intereses políticos y diferencias ideológicas entre Norte y Sur o Este y Oeste; el desarrollo se entiende como un proceso de crecimiento económico que atiende a las capacidades de cada nación y en el que cada período se caracteriza y mide en función de sus logros. Lo anterior hizo que la cooperación estuviera subordinada a las ideas e indicadores economicistas, poniendo de manifiesto el desarrollo de los países y su riqueza en el marco interpretativo de indicadores económicos. Así, los países que lograron un desarrollo económico sustentado en el avance científico e implementaron acciones expansionistas se *comprometieron a compartir* su riqueza con aquellos cuyas condiciones históricas, políticas y sociales los ubicaban en un mundo subdesarrollado o en vías de desarrollo. De esta manera, la dicotomía riqueza-pobreza asume a la cooperación como una fuente de recursos para alentar el desarrollo de los menos favorecidos.

El régimen de cooperación nace entonces con los principios de convivencia y organización de los países desarrollados. Este discurso marcará los estudios que en torno a la cooperación internacional se han realizado, basados en ganancias absolutas o relativas, los organismos internacionales, así como en los principios e intereses de los donantes, los cuales permean el régimen. Lo Brutto (2017) afirma que los estudios se han centrado en la métrica y la gramática de la cooperación, en donde el

ejercicio del poder estaría ligado al uso de las palabras, por lo que el discurso del desarrollo justificaría la intervención en nombre de la libertad y de la modernización. De modo que, en la actualidad, la Cooperación Internacional para el Desarrollo (CID) requiere de una resignificación que recupere el sentido del desarrollo mismo, alejado de las premisas de los actores dominantes, y que determine de qué desarrollo hablamos cuándo de cooperación se trata. Cumbres internacionales de alto nivel sobre la eficacia de la ayuda, como la de París (2005), Accra (2008) o Busan (2011), coincidieron en revisar el proceso de cooperación, sus principios y estructura; sin embargo, aunque concluyeron con el *compromiso* de cumplir con el principio de destinar a la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) el 0,7% del PIB y se discutieron temas de transparencia y rendición de cuentas, poco se abonó al entendimiento acerca del tipo de desarrollo que se pretendía alcanzar, de atender contextos y capacidades particulares, así como de evitar la interferencia de intereses ajenos al desarrollo. En este sentido, la Cooperación para el Desarrollo (CD) –como Japón la denomina– ha sido mayormente analizada a partir de su estructura, evolución y principios, desde una perspectiva crítica sobre los intereses que la guían. Ha sido revisada como un instrumento de su política exterior, como una respuesta a la presión externa, como herramienta para resolver sus carencias internas y como la contribución japonesa al costo que representa la estabilidad internacional (*burden sharing*).

En Japón, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, se definió un programa de cooperación económica (*Keizai Kyoryoku*) en el que se incluyó el concepto de ayuda (*enjo*). La figura 1 permite entender el lugar que ocupó dicha ayuda en relación con una política de cooperación económica que ya en la década de los sesenta era un concepto suficientemente amplio que incluía el interés del sector privado, donaciones y créditos blandos, así como la inversión extranjera.

Halliday y McCormack (1973), desde una perspectiva sistémica, explican las acciones de cooperación de Japón, así como de otros donantes, como una inversión disfrazada o créditos para la exportación. En particular, hacen una crítica a la condicionalidad de los créditos en yenes por estar atados a los intereses de las corporaciones japonesas. En este sentido, afirman que, en el marco del modelo de desarrollo «de la parvada de los gansos voladores de Akamatsu»¹, la

1. El modelo de desarrollo conocido como Ganko Keitai o *parvada de los gansos voladores* propuesto por los economistas japoneses Kaname Akamatsu y Saburo Okita analiza el efecto de derrama del desarrollo de la economía japonesa en la región, especialmente en los que se conocieron como los cuatro tigres asiáticos: Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong durante la década de 1960. En este modelo, las industrias desplazan sus líneas de producción intensivas en mano de obra a otros países para mantener su competitividad, mientras orientan sus esfuerzos a la producción intensiva en conocimiento y con tecnología de punta.

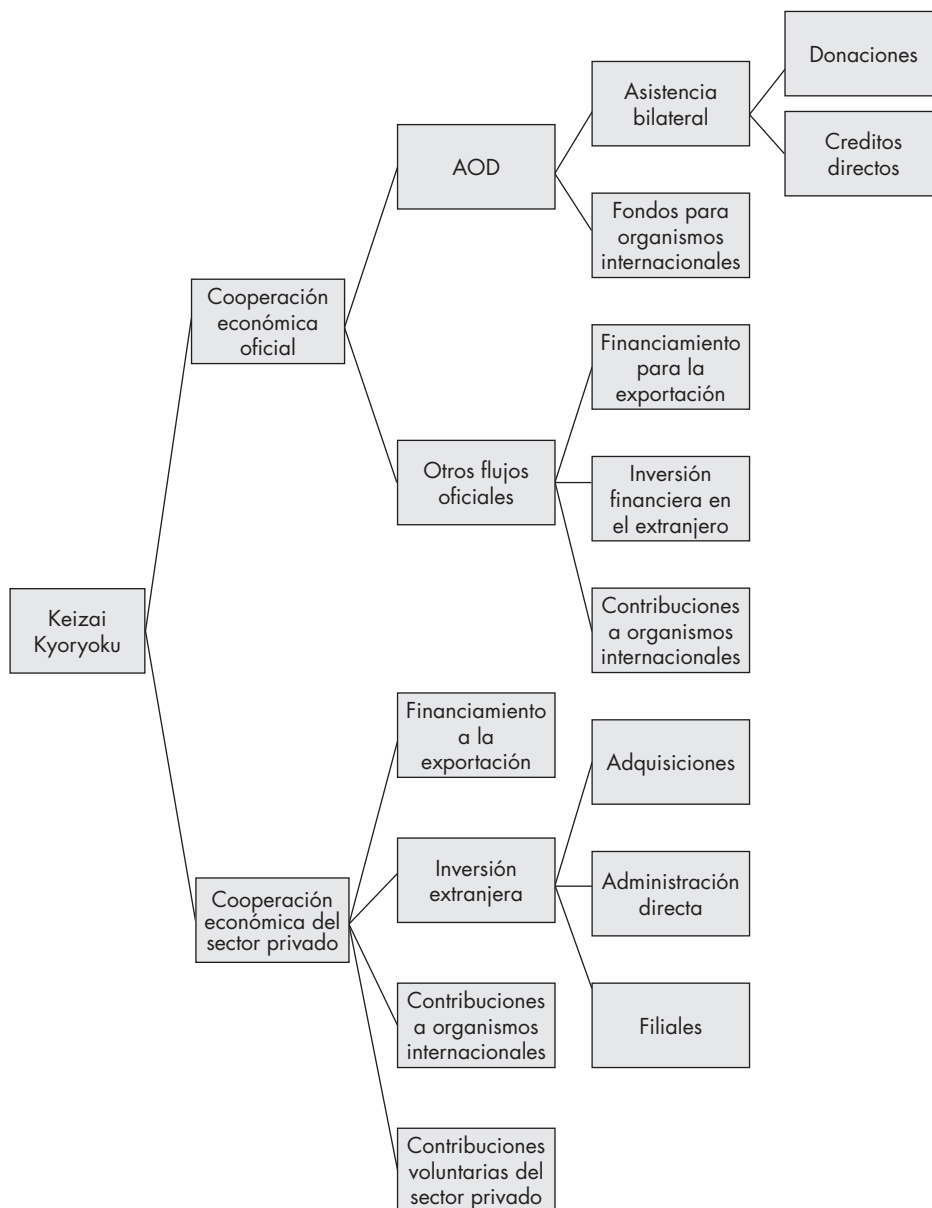
cooperación japonesa no solo explotó recursos, sino que también incentivó la construcción de infraestructura, haciendo posible un desarrollo periférico bajo un esquema de dependencia. Hasewaga (1975), asimismo, con un enfoque realista, afirma que la ayuda externa japonesa durante el período 1953-1973 se implementó con el único propósito de proteger el interés nacional y satisfacer dos objetivos básicos: el propio desarrollo y su posicionamiento internacional. El autor afirma que el cambio en la definición de los objetivos nacionales explica las prioridades de los objetivos inmediatos de la CD, lo que orienta el monto y enfoque de su cooperación bilateral y multilateral.

Desde una perspectiva crítica, Yamamoto (1978) sostiene que la ayuda japonesa es en principio una iniciativa empresarial. El estrecho vínculo entre los sectores privado y público sirvió de acicate al desarrollo japonés. Haciendo un análisis de la historia de Japón en la posguerra, el autor expone que la ayuda con orientación empresarial evolucionó en el marco de un país pobre en recur-

La práctica de la cooperación al desarrollo conlleva un complejo proceso de toma de decisiones, dada la diversidad de intereses que convergen y el peso de la burocracia japonesa.

sos, dependiente económica y comercialmente, y en el que las acciones de cooperación incentivaron una diplomacia orientada a la promoción de las exportaciones y la seguridad económica. Rix (1980), por su parte, asegura que la política de ayuda no es un simple reflejo de las estructuras de poder político prevalecientes o de los grupos sociales, sino el resultado de la organización burocrática, que prueba ser decisiva en el proceso de toma de decisiones. Aunque el estudio de Rix se centra en la acción japonesa en los años setenta, algunos de sus postulados permanecen vigentes, especialmente aquellos que enfatizan el interés de Japón en el Sureste Asiático. La práctica de la cooperación al desarrollo conlleva un complejo proceso de toma de decisiones, dada la diversidad de intereses que convergen y el peso de la burocracia japonesa. Con lo anterior se explica cómo lo que se conoció como el triángulo de acero (*Tetsu no Sankakukei*), formado por el Partido Liberal Demócrata, la burocracia y el sector privado, fueron quienes decidieron las estrategias de desarrollo y, por ende, los principios que guiarían la cooperación japonesa. Otros autores como Orr (1990) e Inada (1989) argumentan las acciones de cooperación japonesa desde la importancia que en la definición de la política interna ejercen factores externos. La presión externa (*gaiatsu*), particularmente la proveniente de Estados Unidos, fuerza el compromiso japonés con las estrategias de Occidente en el mantenimiento de la estabilidad económica mundial.

Figura 1. El lugar de la ayuda en la cooperación económica japonesa



Fuente: Agencia de Cooperación Internacional del Japón (JICA, 1993: 7).

La cooperación también ha sido vista como una herramienta útil de la práctica diplomática japonesa, diseñada para avanzar en la competitividad económica internacional del país. Arase (1995: 2) en este sentido afirma que, a fin de poner en un contexto más significativo la cooperación japonesa, se requiere un estudio de cómo el interés económico interno se vincula con los actores políticos y la burocracia del Estado para diseñar e implementar esa política en la que los intereses económicos y comerciales son tan importantes como los intereses diplomáticos y de seguridad en Japón. Más recientemente, ante los nuevos retos del siglo XXI –como el ascenso chino–, la crisis económica que enfrenta Japón desde el estallido de la burbuja financiera e inmobiliaria de junio de 1992 y la triple catástrofe de 2011 (terremoto y posterior tsunami y crisis nuclear), se redefinieron posturas y enfoques de las estrategias de cooperación. Así, Watanabe (2008) explica el cambio en la estrategia de ayuda de Japón en el marco de sus intereses en África. A raíz de la cuarta cumbre de la Conferencia Internacional de Tokio sobre el Desarrollo de África (TICAD por sus siglas en inglés) celebrada en 2008, Japón estableció su compromiso con el desarrollo de África. De esa reunión, afirma Watanabe (ibídem: 10), se pueden rescatar cuatro elementos clave para entender el redireccionamiento de la cooperación japonesa: i) énfasis en el crecimiento económico de los receptores; ii) estrecho trabajo colaborativo entre los sectores público y privado; iii) un mayor papel del Gobierno receptor, y iv) establecimiento de estrategias industriales por país incentivadas desde Japón. Destaca el énfasis que Japón pone en el sector privado como un actor esencial para alcanzar un desarrollo real o productivo. Esto último es particularmente importante si consideramos que Japón no tiene una filosofía de ayuda altruista, es más, su cooperación se explica como una contribución a los esfuerzos de los receptores, sin asumir responsabilidad de su desarrollo.

Por otro lado, Nikitina y Furuoka (2008) sostienen que las reformas que Japón ha venido implementando tienen como fin revalorar sus esquemas de cooperación para mantenerse en un lugar importante entre los donantes en el marco del régimen de la CID. Sobre este aspecto, Carol Lancaster (2006: 133-136) dice que Japón no tiene una tradición como la occidental de ayuda y caridad, es decir, que el «deber cristiano» no es parte de su tradición. Cada sector es responsable de sus miembros y, mientras que la familia asume la responsabilidad de sus integrantes, las empresas se comprometen con sus trabajadores; de ahí que en Japón el sector privado filantrópico y el Estado benefactor sean débiles, y que la CD japonesa se oriente al apoyo de los esfuerzos de los receptores. Mientras Japón satisface su interés, a la vez espera que el receptor sea responsable de su desarrollo y aproveche eficientemente los recursos provenientes de la ayuda o la inversión japonesa asumiendo el compromiso con los intereses del país nipón.

Esta breve revisión de los estudios que analizan la estructura e intereses que guían la cooperación japonesa revela su profunda orientación a satisfacer su seguridad económica y a asegurar fuentes proveedoras de materias primas; asimismo, los autores mencionados recuperan conceptos y principios de enfoques clásicos de las Relaciones Internacionales, como el realismo, el neorrealismo o el neoliberalismo institucional. En cuanto a la vocación y principios de la CD, los autores examinan la posición internacional japonesa, su interés por terminar con la imagen de animal económico y por promover una imagen de compromiso con el desarrollo y los valores universales, con una cooperación con rostro más humano, como Hirata (2002) la denomina.

Las interferencias que marcan la cooperación japonesa: una revisión histórica

En la actualidad—ante los limitados resultados de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) de Naciones Unidas— los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) se proponen dar respuesta a necesidades cruciales del desarrollo basando sus estrategias en acciones que consideren las capacidades particulares de cada país. Las nuevas condiciones requieren de un esfuerzo por repensar la cooperación desde otras propuestas analíticas. Por ello, cabe hacerse las siguientes preguntas: ¿de qué cooperación hablamos?, ¿a quién beneficia? y ¿qué desarrollo propone? Ello implica recuperar la trayectoria de donantes tan importantes como Japón para poder entender sus intereses y hasta dónde llega su compromiso por un desarrollo productivo y sostenible.

Revisando un poco la historia, nos situamos en los años ochenta del siglo pasado, cuando Hernán Santa Cruz (1985) utilizó el término «anticooperación» en el contexto del análisis de la necesidad que tenían los países del Tercer Mundo de detener la embestida de los países poderosos y sus amenazas de retirar su apoyo a sectores tan vitales como la agricultura en los organismos internacionales. En concreto, analizó el discurso de Estados Unidos y su amenaza de retirarse de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) si sus propuestas no eran apoyadas en el seno de Naciones Unidas. El autor afirmaba: «Corresponde a las naciones del Tercer Mundo encabezar la defensa contra la ofensiva anticooperación. Les va en ello el futuro de su desarrollo dentro de un marco que refuerce su propia identidad y una mayor independencia política y económica» (1985: 85). De esta manera, la anticooperación aparecía relacionada con la intervención de los países industrializados en los programas de desarrollo de los países receptores en detrimento de las necesidades de estos últimos.

En esta línea, David Llistar (2009 y 2015), en su análisis sobre la cooperación, se pregunta sobre la pertinencia de seguir pensando en términos de relaciones internacionales o, más bien, de si es necesario hablar ahora de interferencias internacionales y de cómo estas han impactado en el logro de los objetivos de la cooperación. En este sentido, afirma: «Por su potencial comunicativo, hemos acuñado el concepto de interferencia. Interferencia “transnacional” (o “transfronteriza”), se define como aquel factor procedente de fuera de las fronteras de un Estado que afecta temporalmente la dinámica interna de un determinado grupo social, sea este un grupo de personas estructurado en una comunidad local, un segmento de la población o un país, no importa si se produce directa o indirectamente a través de la alteración de su entorno» (2009: 27). La interferencia de factores exógenos en la dinámica de un Estado y el impacto que esta tiene en los objetivos de desarrollo de los receptores genera una serie de fenómenos negativos a los que Llistar denomina anticooperación: «En realidad la “anticooperación”, como un concepto puente, aglutina fenómenos como el pago de la deuda ilegítima, el impago de la deuda ecológica, el comercio injusto, la guerra o la venta de armas, la aculturalización, la erosión de la soberanía alimentaria, etc. Busca integrar bajo un solo nombre todos aquellos agravios de raíz externa sufridos por colectivos y sociedades empobrecidas. Nos referimos a fenómenos que habitualmente aparecen desconectados y a los que se les atribuye a menudo un origen interno» (2015: 97). Este autor aquí se cuestiona sobre cuántas interferencias negativas reciben los pueblos del Sur desde el Norte, cómo estas afectan su autodeterminación y en qué medida influyen en sus políticas y estrategias de desarrollo.

En este contexto, este artículo revisa la cooperación japonesa a partir de su evolución tradicional y de su estrategia de cooperación vinculada con su seguridad en términos económicos y comerciales. Se identifican dos formas de interferencia: la primera marcada por la intervención del sector privado japonés en las estrategias de cooperación, cuyos intereses impulsan proyectos en el Sur, particularmente en el Sureste Asiático; y, la segunda, la interferencia de los intereses de Japón en los planes de desarrollo de los receptores, a partir de los proyectos que aprueba.

Los primeros pasos como donante: el interés por la seguridad económica

Japón inició su cooperación pagando las reparaciones de los daños que causó durante la Segunda Guerra Mundial. El primer pago se realizó a Birmania en 1954, país que, junto con Filipinas, Indonesia y Vietnam del Sur, fue una de las cuatro naciones que reclamaron reparaciones. Japón consideró estos pagos en su programa de cooperación económica y pronto vio en ellos un medio para acercarse

a sus vecinos del Sur. De manera que algunos países, a pesar de haber renunciado al reclamo del pago por reparaciones de guerra fueron, sin solicitud de por medio, estratégicamente incluidos en los programas de cooperación económica, entre ellos: Singapur, Laos, Tailandia, Camboya, Malasia y Mongolia (Hasegawa, 1975). En 1958, Japón otorgó un préstamo en yenes a la India en términos concesionales, e inició así sus acciones de cooperación financiera reembolsable. A finales de los años cincuenta, definió su primer programa de ayuda, otorgándole un lugar en su programa de cooperación económica. El término «cooperación económica» describía los esfuerzos para promover las relaciones económicas mutuamente benéficas con los países en desarrollo. En el marco de este concepto, se incluyeron la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD), los créditos para las exportaciones y los flujos de capital privado; es decir, la cooperación nació con un significado lo suficiente-

En el marco de este concepto, se incluyeron la AOD, los créditos para las exportaciones y los flujos de capital privado; es decir, la cooperación nació con un significado lo suficientemente amplio para abarcar acciones emprendidas por el Gobierno que incluyeran a la iniciativa privada.

mente amplio para abarcar acciones emprendidas por el Gobierno que incluyeran a la iniciativa privada. Ya en los años sesenta Japón separó los términos de ayuda oficial y no oficial tratando de asumir su compromiso con la definición de la AOD a nivel internacional.

La AOD fue entonces una estrategia para impulsar su recuperación e industrialización. Habiendo sido receptor, Japón supo de la importancia que los recursos provenientes de la cooperación podían tener en la construcción de infraestructura estratégica. La agencia más importante encargada entonces del desarrollo en Japón, la Agencia de Planeación Económica (EPA, por sus siglas en inglés), incluyó en su segundo Plan de Desarrollo, de 1957, la ayuda como una política de economía internacional. Mientras que el Ministerio japonés de Industria y Comercio Internacional (MITI, por sus siglas en inglés) vio en la ayuda un instrumento para fortalecer sus relaciones económicas exteriores, retomando el interés del sector empresarial por fortalecer sus relaciones económicas, especialmente con el Sureste Asiático. Así, la cooperación internacional se definió como una estrategia para asegurar socios comerciales y proveedores de recursos necesarios para su industrialización. La relevancia que cobró la AOD impulsó la creación de la infraestructura institucional. En 1961 se fundó el Fondo de Cooperación Económica de Ultramar (OECE, por sus siglas en inglés) y en 1972 comenzó a diversificar sus mecanismos de cooperación, que ahora incluían préstamos en yenes, ayuda alimentaria y proyectos de ayuda no condicionada. El año 1974 fue crucial en este ámbito por la creación de la Agencia de Cooperación Internacional del Japón (JICA, por sus siglas en inglés), la cual

funcionaría, desde entonces, como el órgano encargado de ejecutar las acciones de cooperación. La cooperación económica japonesa en esta etapa persiguió dos objetivos: i) la recuperación, reconstrucción y consolidación económica, y ii) el establecimiento de las bases para la expansión regional. Ambos objetivos formaban parte de las estrategias implementadas por el primer ministro japonés Shigeru Yoshida para fortalecer el país a partir de una política de expansión de los mercados extranjeros, abriendo fuentes que asegurasen materias primas, vitales para sus planes de desarrollo.

La iniciativa privada, como un sector clave en el posicionamiento internacional de Japón, estuvo presente en este período; en particular, las agencias consultoras expandieron sus actividades al Sureste Asiático. Corporaciones como Nippon Koei, desarrollaron proyectos en otros países asiáticos como Corea y Manchuria durante la ocupación japonesa en la Segunda Guerra Mundial; posteriormente, administraron y supervisaron proyectos de construcción de infraestructura a gran escala, tal es el caso de la presa Da Nhim en Vietnam del Sur y el proyecto del río Brantas en Indonesia (Rix, 1980). Asimismo, la crisis petrolera de 1973 incentivó el acercamiento con países como Egipto, Siria e Irán. Bajo el Gobierno de Kakuei Tanaka, la ayuda económica fue un importante medio de negociación diplomática que le aseguró el suministro de petróleo. Japón desarrolló una «diplomacia de bolsillo»: ahí donde era indispensable fortalecer las alianzas, la ayuda japonesa financió proyectos. Oriente Medio fue otra región estratégica en esta época; dada la precariedad de petróleo en Japón, era imperante contar con alianzas que aseguraran el suministro de este recurso vital para la vertiginosa industrialización japonesa. Sin embargo, Asia se convertiría en la región más beneficiada de la cooperación japonesa, sumando un 98,2% del total para los años setenta. Aunque por su relevancia en la producción de petróleo, Oriente Medio alcanzaría el 10,4% del total de la AOD japonesa en la década de los años ochenta (MOFA, 2002).

Las interferencias de los intereses japoneses con los objetivos de desarrollo de las economías del Sur suscitaban críticas. Durante la visita del primer ministro Kakuei Tanaka a Bangkok y Jakarta en 1974, hubo violentas manifestaciones en contra de los intereses que guiaban los proyectos apoyados y en contra de las empresas japonesas que menguaban el desarrollo de las comunidades en Indonesia, explotando sus recursos, desplazando comunidades y contaminando el medio ambiente. Tanaka respondió a este incidente incrementando el volumen absoluto de apoyos al Sureste Asiático (Yasutomo, 1989-1990: 492); dicho incremento acallarían las protestas y mantendría el vínculo con el Gobierno de Indonesia, país particularmente importante para Japón por su riqueza natural, su desarrollo y capacidad laboral, así como por su ubicación geoestratégica que lo coloca como un país con el que hay que cooperar. La AOD fue un instrumento importante

y se introdujo el concepto de «ayuda estratégica», que cobró fuerza en la década de los ochenta y definió acciones para apoyar a naciones con fronteras conflictivas o bien que estuviesen en el rubro de seguridad nacional comprensiva².

En 1980 se inició una nueva era en el programa de la AOD japonesa y se potencializó su diversificación. El programa de modernización de China hizo que este país solicitara un crédito concesional a Japón en agosto de 1979 por valor de 1,4 billones de yenes para financiar la construcción de plantas hidroeléctricas y carreteras; así, Japón se convirtió en el primer país no socialista en proporcionar ayuda a China (Takagi, 1995: 18). El apoyo a este país, así como a Mongolia, Oriente Medio y África, marcaron el lugar preponderante que Japón asumió en la economía mundial. En 1989 Japón se convirtió en el donante más importante de ayuda externa bilateral, con un desembolso anual de 9.000 millones

Japón asumiría la cooperación como un «costo necesario», cuya ayuda contribuiría a aliviar las tensiones Norte-Sur, compensara las tiranteces provocadas por sus actividades comerciales y ayudara a sostener los vínculos con países estratégicos para el suministro de recursos naturales.

de dólares; en 1994, el presupuesto alcanzó los 13.230 millones de dólares, representando el 22% del total de AOD aportada por los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) (MOFA, 1995). El incremento en los montos de ayuda fue bien visto por los receptores; sin embargo, la valoración se

hizo en términos cuantitativos, los cuales no consideran la calidad e impacto en el desarrollo de los receptores. Japón asumiría la cooperación como un «costo necesario», cuya ayuda contribuiría a aliviar las tiranteces Norte-Sur, compensara las tensiones provocadas por sus actividades comerciales y ayudara a sostener los vínculos con países estratégicos para el suministro de recursos naturales.

En ese sentido, los efectos colaterales de la cooperación japonesa evidenciarían un pobre aprovechamiento de su ayuda. Por ejemplo, la ayuda japonesa a Filipinas ha tenido tropiezos y ha provocado escándalos, acusándose a las autoridades de este país de corrupción por el mal uso de los recursos; y a Japón de apo-

2. En el año 1978, el informe realizado por el Instituto Nacional de Investigación Avanzada y el Instituto de Investigaciones Nomura asumió el concepto de «seguridad comprensiva» como respuesta a los retos económicos y políticos del Japón de esa época. Dicho informe fue asumido en 1980 por la oficina del primer ministro como la «política de seguridad comprensiva» (*sogo anzen hoshu*), cuyas estrategias se basaron en medios diplomáticos y económicos, en lugar de los militares, para alcanzar sus objetivos nacionales de seguridad. El primer ministro, Zenko Suzuki la puso en marcha en 1981.

yar a regímenes autoritarios a fin de ganar proyectos y obtener beneficios. Entre los años 1983 y 1986, el proyecto para la creación del Instituto de Educación Marítima en Tacloban requirió de la ayuda y cooperación técnica japonesa. El total de la AOD japonesa para el proyecto fue de 3.700 millones de yenes: 1.300 para la construcción de edificios y 2.400 para equipamiento. Para la realización del proyecto se contrató a empresas japonesas como Kashima Kensetsu (cuyo director era yerno del primer ministro Nakasone), por lo que una parte importante de los recursos regresaron a Japón, favoreciendo a las empresas participantes. Por añadidura, el proyecto no funcionó, no se tomaron en cuenta cuestiones de logística como la distancia entre Manila y el instituto (alrededor de 25 horas en autobús); además, la alta tasa de colegiatura ocasionó una pobre inscripción de apenas el 5% de lo esperado, lo que hizo que el proyecto fracasara y derivó en protestas (Kosaku, 1989: 97-98). El grado de consecución del objetivo fundamental del proyecto –formar recursos humanos especializados en temas marítimos– fue prácticamente nulo, pero Japón ganó la simpatía del Gobierno filipino por apoyar su iniciativa y la empresa japonesa ganó un fructífero proyecto.

Otra experiencia ocurrió a finales de los años ochenta también en Filipinas, donde la insuficiencia eléctrica incentivó el proyecto Calaca I. La necesidad de continuar con la industrialización filipina y asegurar el suministro de energía impulsó un proyecto que se ha convertido en el clásico ejemplo de la *anticooperación* japonesa. Desde finales de los ochenta, Japón enfatizó la relevancia de la protección del medio ambiente en los países en desarrollo, así como la responsabilidad de todos en este tema; por lo que, en el marco de estas declaraciones, el proyecto de Calaca se convirtió en un ejemplo de los efectos secundarios negativos que su ayuda provocaría en un proyecto del Gobierno filipino. La termoeléctrica de Calaca I tuvo un costo de 250 millones de dólares y contó con ayuda japonesa, que no consideró los efectos colaterales de su construcción. La planta generó muchos problemas desde sus inicios. Su construcción provocó la reubicación de 300 familias a un predio de 20 hectáreas que, a la larga, se abandonó debido a que el lugar se convertiría en un vertedero de los desechos de carbón y, posteriormente, en un lugar inhabitable por los gases tóxicos que emitía la planta, así como por el ruido de las operaciones de la misma (Rivera, 2001: 233-234). Los efectos colaterales de este proyecto provocaron críticas: en 1991, un informe de una organización civil describió el ruido y el mal olor procedente la planta como el resultado de un proyecto financiado por un país que declaraba internacionalmente su compromiso con la conservación del medio ambiente, pero que financiaba proyectos contaminantes en otros países. Sobre este asunto, Warkentin (2002: 153) afirmó que, si había un ejemplo que debía ser visto como «Japan Inc.» –conspiración expansionista, ayuda condicionada o como un negocio de la ayuda japonesa– Calaca era la referencia.

Intentando cambiar el rumbo: la seguridad humana

La Carta de Ayuda Oficial para el Desarrollo de 1992, que incorporaba la filosofía y los principios de la nueva política de la AOD japonesa, constituyó el documento guía de la cooperación del país. Tras las severas críticas que había recibido Japón por apoyar proyectos de infraestructura e inclinar su balanza de prioridades hacia aquellas iniciativas que beneficiaban a su sector privado, se impulsó una revisión de la trayectoria del país como donante y una redefinición de sus principios, a los que se dieron un enfoque más humano. La Carta de 1992 consideró cuatro puntos fundamentales: i) cuestiones humanitarias, ii) la interdependencia mundial, iii) los esfuerzos de autoayuda de los receptores, así como iv) la conservación del medio ambiente; por lo que se favorecerían proyectos que tuvieran en cuenta la perspectiva de género y la ayuda humanitaria (MOFA, 2003).

Este documento reflejaba la postura de Japón ante la comunidad internacional, así como su voluntad de demostrar y compartir la experiencia con relación al desarrollo económico y como donante en los 40 años que habían precedido la elaboración de dicha carta. Sin embargo, aún quedaron algunos temas polémicos sin resolver. La aprobación de la carta no se sometió a una discusión pública ni parlamentaria, fue una carta impulsada por el Ministerio de Asuntos Exteriores que dejaba de lado cuestiones controvertidas como su clara tendencia a favorecer a Asia Pacífico y, más importante aún, que a pesar de la declaración de un principio humanitario –de proclamar una cooperación más vinculada con las necesidades sociales–, la carta enfatizaba la relevancia de aquellos proyectos relacionados con la construcción de infraestructura y reconocía la importancia de la liberalización del mercado como motor de desarrollo. En todo caso, la vocación de la ayuda japonesa dio un giro hacia una propuesta sustentada en la seguridad humana. Así, Japón participó activamente en la definición de programas que le permitieron crear en la comunidad internacional una visión diferente de los objetivos que guiaban su cooperación. Sadako Ogata, codirectora de la Comisión sobre Seguridad Humana, Alta Comisionada de Naciones Unidas para los Refugiados (1991-2001) y presidenta de la JICA (2003-2012), ayudó a articular un programa, conjuntamente con el Premio Nobel de economía Amartya K. Sen, basado en seis principios: i) protección de los civiles en zonas de combate; ii) protección de migrantes y refugiados; iii) institucionalización de los esfuerzos de pacificación y reconstrucción; iv) seguridad económica a fin de establecer estándares mínimos del nivel de vida; v) garantía del acceso a programas de salud, y vi) promoción de la educación (Leheny y Warren, 2010: 28-29). Con ello, Ogata mostró el compromiso de Japón para apoyar los temas de la nueva agenda internacional y hacer patente la reorientación de sus objetivos y estrategias.

Sin embargo, la inclusión de los temas sociales en la agenda de la CD no dejó fuera los objetivos económicos originales japoneses. Las estrategias de la JICA siguieron una cooperación diferenciada: era claro que la cooperación con un enfoque más humano se destinaría a aquellos países con unas condiciones y necesidades más vulnerables y apremiantes, particularmente en África; mientras que la cooperación vinculada a la seguridad económica se mantendría como una estrategia para mantener la competitividad de la industria japonesa a partir de los vínculos con países en los que la inversión japonesa era importante. De acuerdo al Libro Blanco de JICA de 2012 (MOFA, 2012), Japón reafirmó su compromiso con programas enfocados en temas fundamentales como la extrema pobreza; y las estrategias derivadas del concepto seguridad humana serían utilizadas en países definidos por su condición económica y estado de precariedad. Los países estratégicos por su industria y comercio, en cambio, tendrían acceso al financiamiento de proyectos enfocados a la construcción de infraestructura y a la capacitación de recursos humanos para atender actividades de apoyo a pequeñas y medianas empresas, es decir, a sectores clave para la inversión japonesa. De esta manera, las interferencias ajenas al desarrollo del país receptor —objetivo final de la cooperación—, se desdibujan en el afán de satisfacer los intereses económicos, comerciales y/o políticos del donante.

Cooperando para la seguridad estratégica

Si las condiciones políticas y económicas de la posguerra fría ya incentivaron el debate en torno a la cooperación, más tarde, fueron la presión internacional, la crisis económica y financiera, así como el terremoto y posterior tsunami y crisis nuclear de 2011, los que provocaron la revisión de los principios de la cooperación japonesa. En este contexto, y en el marco de las reformas impulsadas por el primer ministro Shinzo Abe y su programa conocido como *Abenomics*, se inició una reestructuración de la política exterior japonesa que, sin duda, alcanzó a su más relevante instrumento, esto es, la cooperación al desarrollo. El ministro de Asuntos Exteriores de Japón, Fumio Kishida, en su participación en el Club Nacional de Prensa de Japón en marzo de 2014, reafirmó los tres pilares de la diplomacia japonesa que debían ser reforzados: i) la alianza Japón-Estados Unidos; ii) las relaciones con sus vecinos, y iii) la diplomacia económica. Según sus palabras: «La AOD se convertirá en la herramienta más importante de Japón para enfrentar estos retos internacionales especialmente en el área de desarrollo, (...) la Administración de Abe, que aspira a crear un Japón que brille en el mundo, revisará la carta de la AOD a fin de adaptarla al ambiente de una nueva era.

Revisar la carta de la AOD significa mostrar al mundo el camino que seguirá Japón» (Kishida, 2014); enfatizando así la importancia que la AOD tendría en términos de alcanzar los objetivos de reposicionamiento de Japón en un mundo de drásticos cambios. En este discurso de 2014, Kishida también recalcó tres puntos que sirven para entender hacia dónde se dirigía la cooperación japonesa en la nueva era y, en concreto, la evolución de la AOD: i) liderar las discusiones globales y establecer como brújula de esta dirección los principios de inclusión, sostenibilidad y resiliencia; ii) garantizar la paz, la estabilidad y la seguridad internacionales, y iii) formar alianzas, lo que para Japón esto era fundamental (ibídem).

La Carta de Ayuda al Desarrollo pasó a nombrarse, en 2015, Carta de Cooperación para el Desarrollo (CCD). El término ayuda ya no identificaba los objetivos japoneses, ya que no se trataba solo del compromiso del donante por aportar recursos, sino de un compromiso compartido con el receptor por el desarrollo. El principio guía de la nueva carta es la «contribución proactiva para la paz», que incluye la ayuda a acciones militares de no combate que tengan como fin el mantenimiento de la paz mundial. Como ejemplo, bajo ese rubro se apoyaron acciones de vigilancia marítima en las costas de Vietnam y Filipinas. Jain (2016), en este sentido, argumenta que la trágica orientación de tales paquetes de ayuda es obvia: tanto Vietnam como Filipinas tienen disputas marítimas con China y están preocupados por su alcance militar. De manera que las acciones proactivas se orientan a países estratégicos para apoyar actividades militares, haciendo patente un cambio en las directrices de la cooperación japonesa, interfiriendo intereses ajenos al desarrollo y vinculando la cooperación a los objetivos de su Estrategia Nacional de Seguridad (NSS, 2013). Japón asume al adoptar esta orientación que, así como la cooperación está vinculada a su estrategia nacional de seguridad, la prosperidad del pueblo japonés está vinculada al éxito de sus empresas. Por lo tanto, el comercio es fuente de riqueza y la competitividad de sus productos está relacionada con el aseguramiento de los recursos naturales, de nichos para su producción y de mercados consumidores, manteniendo el enfoque de la seguridad económica. De acuerdo a Söderbeg (1996: 72), en la medida que Japón hubo de reubicar sus industrias a los países en desarrollo –para mantener estándares competitivos debido a la revaluación del yen–, la AOD se convirtió en una herramienta útil para crear la infraestructura al servicio de sus propias industrias. Así, la AOD no solo sirvió para incentivar las exportaciones de los receptores, sino también para reestructurar su propia industria; por lo que el éxito de las empresas japonesas siempre ha estado presente en los factores que orientan los esfuerzos de cooperación. El nuevo énfasis en «infraestructura de calidad», «crecimiento de calidad» y «asociaciones de calidad» vincula los recursos de ayuda a la tecnología, diseño y construcción de Japón.

Por ejemplo, el proyecto del tren bala en India que será construido desde el distrito financiero en Mumbai hasta el puerto comercial de Ahmedabad –lugar de origen del primer ministro Nerendra Modi–, con un costo inicial aproximado de 15.000 millones de dólares, será financiado en su mayoría con presupuesto de la AOD japonesa (Jain, 2016). Con el proyecto se cumplen dos propósitos: equilibrar el peso de la cooperación china en India y mantener a este país como socio estratégico. El proyecto ha suscitado críticas en los medios de comunicación de India. Por una parte, el financiamiento será a través de AOD bajo el esquema de crédito blando a 50 años, con un 0,1% de interés, lo cual a simple vista parece muy beneficioso. Pero, en el marco de la cooperación Japón-India, los préstamos recibidos desde 1982 han sido condicionados, coordinados y asignados a corporaciones japonesas; incluso proyectos catalogados como no condicionados, como la construcción del Metro de Delhi, sumaron a un gran número de compañías japonesas. Y, por otra parte, las tasas de interés aparentemente favorables a las que presta Japón para estos proyectos son irrelevantes si se comparan con las tasas de interés imperantes en

A pesar de las críticas y efectos colaterales de la cooperación japonesa, el impulso japonés al desarrollo de algunos sectores ha logrado *graduar* a sus receptores.

el mismo Japón. Por ejemplo, cuando Japón otorgó préstamos a 30 años para el proyecto del Metro de Delhi en 1997 a una tasa de interés del 2,3%, su propia tasa de interés libre de riesgo a 10 años también era de alrededor del 2,3%, es decir, el mismo rendimiento en 10 años de un Bono Convencional de Japón (JGB). Pero, ante los constantes períodos de recesión económica, deflación y recortes de tasas de interés del banco central japonés, el rendimiento a 10 años ha disminuido del 2,3% en 1997 al 0,05% en la actualidad. Por lo tanto, no es coincidencia que hoy Japón esté listo para financiar proyectos de ferrocarriles indios al 0,1% sin que esto sea una condición especial para India (Kundu, 2017; Bhattacharyya, 2017).

A pesar de las críticas y efectos colaterales de la cooperación japonesa, el impulso japonés al desarrollo de algunos sectores ha logrado *graduar* a sus receptores. El concepto de *selfhelp* –entendido más apropiadamente como «ayuda para terminar con la ayuda»– refleja la creencia firmemente arraigada en Japón de que los países deben llegar a una posición en la que el crecimiento económico proporcione la movilización de los recursos internos necesarios para sostener tanto al sector público como a la inversión privada (Kato *et al.*, 2016: 347). Cabe apuntar que esta *graduación* se avala con evidencia econométrica que sugiere que la AOD de Japón jugó un papel de vanguardia al preceder y atraer la inversión privada japonesa hacia el este de Asia (Kato *et al.*, 2016: 347). Habría entonces que preguntarse si dicha evidencia refleja un desarrollo sostenible y sustentable vinculado a un incremento en la calidad de vida de las comunidades asistidas.

Finalmente, Japón deberá responder al reto que implica el cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) y la Agenda 2030 de Naciones Unidas. En un contexto en el que la AOD sigue siendo el instrumento más importante para promover el desarrollo, nuevas herramientas deberán considerarse –comercio, flujos financieros, alcance de las tecnologías, etc.–. Japón, en este sentido, apuesta por el concepto de «ayuda para terminar con la ayuda» a través de una participación más decidida del sector privado. Los recientes cambios en su CCD enfatizan temas de seguridad humana, contribución proactiva para la paz, reducción del riesgo en caso de fenómenos naturales y la idea de crecimiento inclusivo a través del desarrollo del sector privado, que van más allá de su programa inmediato de ayuda. Se dice que su participación efectiva en la Agenda 2030 será a través de su participación en el G-20. Sin embargo, ya no es decisión de un solo actor; el Gobierno japonés deberá poner atención a otros grupos como, por ejemplo, organizaciones de la sociedad civil, que deberán trabajar por una agenda común que evite duplicar esfuerzos y ensanchar las brechas (Kharas y Biau, 2016: 324).

Japón debe tener en cuenta a sus vecinos y las modalidades de cooperación deberán cambiar: ¿Cómo seguir cooperando con países de renta media que aún requieren consolidar sus capacidades? En este sentido, Japón considera que una de las cuestiones más relevantes es la construcción de instituciones necesarias para operacionalizar los ODS en un marco de transparencia y rendición de cuentas que permita la movilización de recursos e ideas innovadoras. A fin de cumplir con sus compromisos en el marco de la Agenda 2030, Japón ha creado la Oficina de Promoción de los ODS, que ha resumido sus áreas prioritarias en las llamadas «cinco P»: *people, planet, prosperity, peace* y *partnership*. El Gobierno de Japón tiene claro que no se avanzará si estas áreas no se trabajan de manera integral. La cooperación será entonces una pieza clave para incentivar proyectos que reflejen el tema de seguridad humana, sin desatender su seguridad económica y fortaleciendo su seguridad nacional.

Conclusiones

La evolución de la cooperación japonesa ha dado muestras de estar íntimamente vinculada con sus intereses. Desde la etapa de reconstrucción posterior a la Segunda Guerra Mundial, su propia experiencia como receptor demostró que la cooperación, bien aprovechada, es clave para impulsar el desarrollo. Japón recibió recursos provenientes de Estados Unidos y de organismos internacionales como el Banco Mundial y, con ello, reactivó su economía. Construyó carreteras, vías de ferrocarril y la infraestructura necesaria para su industrialización. Esa primera etapa le brindó la oportunidad de reencontrarse con sus vecinos del

Sur y promover el desarrollo en esos países, sin descuidar sus intereses. Se ha demostrado, sin embargo, que la cooperación no siempre fue exitosa y de que los efectos colaterales afectaron profundamente los resultados, lo que provocó más *anticooperación* y las protestas de algunos receptores.

La cooperación japonesa está sustentada en tres principios, reflejados a lo largo de su evolución y en los contenidos de sus cartas de cooperación: i) apoyo a los esfuerzos de autoayuda de los receptores; ii) promoción del crecimiento económico incentivado a partir de estrategias que mejoren la infraestructura y atraigan la inversión extranjera, y iii) la seguridad humana. Sin embargo, en la práctica, la participación del sector privado en los proyectos apoyados ha generado interferencias que limitan el impacto favorable de los proyectos. Estas interferencias van de la mano no solo de la lógica del sector privado (que es el beneficio), sino también de los intereses de grupos económicos o políticos de los propios países receptores. El desarrollo deja, así, de ser la prioridad y las necesidades de las comunidades más vulnerables no son debidamente atendidas, lo que propicia efectos colaterales negativos para el desarrollo.

Respecto a la seguridad, este concepto siempre ha estado presente en la cooperación al desarrollo japonesa. El nacimiento mismo de la cooperación japonesa la ubica como una herramienta que ha logrado cumplir exitosamente su propósito: proveer materias primas, sumar socios comerciales, fortalecer vínculos con Occidente, resaltar su imagen internacional, etc. Así, la cooperación ha sido un instrumento político –diplomático, de estrategia económica–, un instrumento comercial y un incentivo de la seguridad humana.

Recientemente, la reforma de la Carta de Cooperación para el Desarrollo (CCD) de 2015 ha desatado una serie de críticas y recelo en sus vecinos, ya que ha estado vinculada con la reinterpretación del artículo 9 de la Constitución que limitaba las acciones de defensa de Japón a la protección de su propio territorio; en este sentido, la CCD y la «contribución proactiva para la paz» abren un espacio para que Japón asuma en su presupuesto para la cooperación acciones militares. Los casos de las ayudas a acciones de vigilancia marítima en Vietnam y Filipinas, si bien se miran como acciones de capacitación y apoyo, son acciones muy sensibles que levantan la sospecha de sus vecinos, por los objetivos que realmente los guían. Aunado a la reforma, Japón, en su misión de recuperar la imagen de un país con brillo internacional, asume el compromiso de contribuir al logro de los ODS. Para ello, define sus prioridades y crea la infraestructura institucional que le permite estar presente en el debate internacional. Sin duda, este país será un fiel promotor de estos objetivos; sin embargo, ha dejado claro que los recursos son limitados y que la participación del sector privado es estratégica, asumiendo el reto que implica empatar las lógicas de los actores, evitar las interferencias y contribuir en un desarrollo con un enfoque humano sustentado en indicadores de calidad de vida y con fuerte énfasis en el medio ambiente.

Referencias bibliográficas

- Arase, David. *Buying Power. The political economy of Japan's foreign aid*. Londres: Lynne Rienner Publishers, 1995.
- Bhattacharyya, Bishwajit. «How the Japanese Loan for India's Bullet Train Is a Rip Off». *The Wire*, (31 de octubre de 2017) (en línea) [Fecha de consulta: 10.03.2018] <https://thewire.in/192863/india-japan-yen-loan-mumbai-ahmedabad-bullet-train/>
- Halliday, Jon y McCormack, Gavan. *Japanese Imperialism Today, Co-Prosperity in Greater East Asia*. Nueva York: Penguin Books, 1973.
- Hasegawa, Sukehiro. *Japanese Foreign Aid: Policy and Practice*. Nueva York: Praeger, 1975.
- Hirata, Keiko. *Civil Society in Japan. The growing role of NGOs in Tokyo's aid development policy*. Nueva York: Palgrave, 2002.
- Inada, Juichi. «Japan's Aid Diplomacy: Economic, Political or Strategic?». *Millennium, Journal of international Studies*, vol. 18, n.º 3 (1989), p. 399-414.
- Jain, Purnendra. «Japanese foreign aid: what's in it for Japan?». *East Asian Forum*, (21 de julio de 2016) (en línea) [Fecha de consulta: 11.02.2018] <http://www.eastasiaforum.org/2016/07/21/japanese-foreign-aid-whats-in-it-for-japan/>
- JICA-Japan International Cooperation Agency. *A Guide to Japan's Aid, Association for Promotion of International Cooperation*. Tokio: JICA-MOFA, 1993.
- Kato, Hiroshi; Page, John y Shimomura, Yasutami. «Japan's Foreign Assistance at 60: Reflecting on the Past and Looking to the Future». En: Kato, Hiroshi; Page, John y Shimomura, Yasutami (eds.). *Japan's Development Assistance Foreign Aid and the Post-2015 Agenda*. Londres: Palgrave MacMillan, 2016, p. 344-356.
- Kharas, Homi y Biau, Julie. «New Actors, New Instruments, New Priorities: Toward a Sustainable Development Transformation». En: Kato, Hiroshi; Page, John y Shimomura, Yasutami (eds.). *Japan's Development Assistance Foreign Aid and the Post-2015 Agenda*. Londres: Palgrave Macmillan, 2016, p. 310-326.
- Kishida, Fumio. *An Evolving ODA: For the World's Future and Japan's Future*. Discurso del Ministro de Asuntos Exteriores de Japón en el Club Nacional de Prensa de Japón, Tokio, (28 de marzo de 2014) (en línea) [Fecha de consulta: 01.02.2018] http://www.mofa.go.jp/ic/ap_m/page3e_000169.html
- Kosaku, Hino. «Japanese ODA Bringing Profits Home from Philippines». *AMPO, Japan Asia Quarterly Review*, vol. 20, n.º 4 (1989)
- Kundu, Tadit. «Is Japan's bullet train loan the best deal India has ever had?». *Livemint*, (27 de septiembre de 2017) (en línea) [Fecha de consulta: 12.03.2018] <https://www.livemint.com/Politics/AXIyUTEJaxNtX0Yv7npPiO/Is-Japans-bullet-train-loan-the-best-deal-India-has-ever-ha.html>

- Lancaster, Carol. *Foreign Aid: Diplomacy, Development, Domestic Politics*. Chicago: The University of Chicago Press, 2006.
- Leheny, David y Warren, Kay (eds.). *Japanese aid and the construction of global development: Inescapable solutions*. Londres: Routledge, 2010.
- Llistar, David. *Anticooperación interferencias globales norte-sur. Los problemas del sur no se resuelven con más ayuda internacional*. Barcelona: Icaria Editorial, 2009.
- Llistar, David. *Anticooperación Norte Sur. Cuando la coherencia es más importante que la ayuda. El caso de Ecuador y la «cooperación» española*. Tesis de doctorado en Sostenibilidad. Barcelona: Universidad Politècnica de Catalunya, 2015.
- Lo Brutto, Giuseppe. «A propósito de la Cooperación Internacional y del desarrollo: Una visión más realista». En: Domínguez, Rafael y Rodríguez, Gustavo (eds.). *Historia de la Cooperación Internacional desde una perspectiva crítica*. Barranquilla: Debates RIACI, 2017, p. 55-74.
- MOFA-Ministry of Foreign Affairs of Japan. «Japan's ODA Annual Report (Summary) 1995». ODA, 1995 (en línea) [Fecha de consulta: 08.07.2018] <https://www.mofa.go.jp/policy/oda/summary/1995/index.html>
- MOFA-Ministry of Foreign Affairs of Japan. «Trends in Japan's ODA in a Rapidly Changing World Japan's ODA». *Japan's ODA White Paper*, 2002 (en línea) [Fecha de consulta: 25.07.2018] https://www.mofa.go.jp/policy/oda/white/2002/part1_2.html
- MOFA-Ministry of Foreign Affairs of Japan. *Japan's official development assistance charter*. MOFA (29 de agosto de 2003) (en línea) [Fecha de consulta: 05.03.2018] <http://www.mofa.go.jp/policy/oda/reform/revision0308.pdf>
- MOFA-Ministry of Foreign Affairs of Japan. *Japan's ODA White Paper 2012*. MOFA (2012) (en línea) [Fecha de consulta: 05.03.2018] <https://www.mofa.go.jp/policy/oda/white/2012/html/index.html>
- Nikitina, Larisa y Furuoka, Fumitaka. «Ancien régime of Japan's foreign aid policy: Main characteristics of Japan's aid administration system before its reforms». *MPRA Paper*, n.º 7.046, (7 de febrero de 2008) (en línea) [Fecha de consulta: 22.02.2018] <http://mpra.ub.uni-muenchen.de/7046/>
- NSS. *Japan National Security Strategy* (traducción provisional). *Cabinet Secretariat*, (17 de diciembre de 2013) (en línea) [Fecha de consulta: 10.02.2018] <http://www.cas.go.jp/jp/siryoku/131217anzenhoshou/nss-e.pdf>
- Orr, Robert M. Jr. *The Emergence of Japan's Foreign Aid Power*. Nueva York: Columbia University Press, 1990.
- Rivera, Temario C. «Japanese ODA and the Environment: The Calaca Power Plant Complex in the Philippines». *Asian Cultural Studies*, n.º 10 (2001), p. 231-238 (en línea) [Fecha de consulta: 01.03.2018] https://icu.repo.nii.ac.jp/?action=repository_uri&item_id=2983&file_id=22&file_no=1

- Rix, Alan. *Japan's Economic Aid. Policy Making and Politics*. Nueva York: St. Martin's Press, 1980.
- Santa Cruz, Hernán. «La antiooperación internacional y el retorno de las políticas de poder». *Estudios Internacionales*, año 18, n.º 69 (1985), p. 81-86 (en línea) [Fecha de consulta: 20.02.2018] <http://www.jstor.org/stable/41391164>
- Söderberg, Marie. «Japanese ODA—the business perspective». En: Söderberg, Marie (ed.). *The Business of Japanese Foreign Aid Five case studies from Asia*. Londres y Nueva York: Routledge, 1996, p. 72-88.
- Takagi, Shinji. *From Recipient to Donor: Japan's Official Aid Flows, 1945 to 1990 and Beyond*. Nueva Jersey: Princeton University – Princeton Essays in International Finance n.º 196, 1995.
- Takahashi, Akira. «From Reparations to *Katagawari*: Japan's ODA to the Philippines». En: Koppel, Bruce M. y Orr Robert Jr. (ed.). *Japan's Foreign. Power a Policy in a New Era*. Boulder, CO.: Westview Press, 1993, p. 63-90.
- Warkentin, Ben. «Power and democracy in the Philippines». En: Söderberg, Marie (ed.). *The Business of Japanese Foreign Aid Five case studies from Asia*. Londres y Nueva York: Routledge, 2002, p. 151-201.
- Watanabe, Matsuo. «Japan's Foreign Aid Policy in Transition: An Interpretation of TICAD IV». *Japan Aktuell*, n.º 3 (2008), p. 7-26.
- Yamamoto, Tsuyoshi. *Nihon no keizai enjo (Japan's economic aid)*. Tokio: Sanseido, 1978.
- Yasutomo, Dennis. «Why Aid?: Japan as an "Aid Great Power"». *Pacific Affairs*, vol. 62, n.º 4 (1989-1990), p. 490-503.